

bre verdaderamente cristiano y principalmente de un Obispo, que colocado sobre la cima del monte Sacerdotal registre por todas partes los males que puede evitar y los bienes que puede proporcionar al rebaño que le confió el Supremo Pastor Jesucristo, el cual cargado con una descariada, roñosa y miserable ovejuela, nos enseñó como debe buscarse al extraviado pecador y cuanto vale en su presencia un pobre y miserable andrajoso, sobre cuya desnudez la orgullosa filosofía ni aun se digna dirigir una ojeada.

Esta es la divina y sublime moral de Jesucristo; lo contrario es impiedad, hipocresía y mentira: el que no tiene caridad, nada tiene, y el que la posee, todo lo posee, porque el que tiene caridad ama á Dios y ama á los hombres, vive para Dios y para los hombres, y trabaja para Dios y para ellos.

Estos eran los principios y esta era la conducta del Sr. Rubin en Valladolid, y por esto el Señor quiso que creciese y se descollase entre los hijos de su Pueblo; eligiéndole para Obispo de aquella Diócesis en cumplimiento del divino elogio que dice «he aquí un gran Sacerdote que en sus dias agradó á Dios por su justicia y sirvió de reconciliación en el dia de la ira.» Elevado ya á la alta Dignidad de Príncipe de la Iglesia, su sabiduría y sus virtudes adquirieron nuevo brillo y esplendor, y sobre todo su acendrada caridad hasta entonces comprimida por la escasez de sus rentas, halló en los tesoros del Obispado recursos para exercitarla segun deseaba su gran corazon y alma naturalmente benéfica: sabía que el deber mas propio

